

Salvador Bueno

Las dos visitas de Valle Inclán a Cuba



EN AQUELLOS días turbulentos y decisivos de 1898 las calles y plazas de Madrid eran recorridas frecuentemente por distintas manifestaciones contra los “insurrectos” cubanos y contra los norteamericanos que acababan de intervenir en la guerra que desde hacía algunos años sostenían los mambises contra la metrópoli. Abundaban los disturbios y las algarazas. En cierta ocasión, en una calle cualquiera de la capital de las Españas, un joven escritor, de pintoresca y endeble figura, con gestos altaneros, se enfrenta con una turba de manifestantes.

—¡Abajo los Estados Unidos! ¡Viva España!

—¡Cobardes! —les grita el escritor—. Eso hay que decirlo desde tierra cubana. A luchar... a luchar. ¿Por qué no váis?

—¡Viva España! ¡Mueran los cerdos norteamericanos!

—¡Cobardes! ¡Cobardes! —les replica a gritos, con ademanes airados.

Los manifestantes, entre los cuales se mezclan tipos de muy curiosa estampa, se abalanzan sobre el joven escritor, pero éste no se arredra: firme y con un palo en la mano —o quizás era un bastón— hace frente a los iracundos patrioteros. Menudean golpes y rasguños. No sabemos en realidad cómo concluyó la reyerta. Años más tarde,

bastantes años después, aquel joven escritor, ya en su papel de autor famoso que esparcía por todo el ruedo ibérico su campanudo nombre de don Ramón María del Valle Inclán, decía donosamente a sus contertulios, después de narrarles la anterior anécdota:

—La guerra de Cuba la ganamos los cubanos en su patria y yo en las calles de Madrid.

Siempre se ha insistido en la vinculación de Valle Inclán con nuestra América exclusivamente a través de México. Claro, se recuerda a la “Niña Chole” en la *Sonata de Estío* y a *Tirano Banderas*. Pero, en realidad, Cuba resulta mencionada con más frecuencia que México en la valiosa obra valleinclanesca, desde sus primeros relatos hasta la culminación magnífica de su *Ruedo ibérico*.

Recientemente, la prensa española y cubana se ha referido a la primera estancia de Valle Inclán en Cuba. En La Habana ha sido comentado ese viaje por Virgilio Ferrer Gutiérrez, en “Información”, y Mario de la Viña, en “Carteles”. Un anciano de 84 años, que fue empleado del ingenio “San Antonio”, propiedad de don Antonio González de Mendoza, envió al diario “ABC” de Madrid una carta aclarando la visita de Valle a Cuba cuando se dirigía a México en 1892. “Llegado el barco a La Habana, Valle Inclán y González de Mendoza se fueron en el ferrocarril de Güines hasta un “chucho” o empalme del ingenio, y allí permaneció el autor de las *Sonatas* como tres meses”.

Esta carta rectifica las noticias que Melchor Fernández Almagro incluía en su biografía de Valle Inclán, donde afirmaba que el escritor había recalado en Cuba después de haber estado en México. Lo cierto es que en los periódicos cubanos de 1892 y 1893 no se encuentra ninguna mención de Valle, todo lo contrario de lo que ocurrió en los mexicanos en los cuales publicó crónicas y cuentos que aparecieron después en sus primeros libros.

Pero es indudable la impresión que la existencia colonial cubana dejó en el ánimo de Valle Inclán. Las escenas en el ingenio de azúcar, la vida de los esclavos y los mismos incidentes de la gobernación del país marcaron su huella en el ánimo del escritor gallego.

Su carácter rebelde debió observar con hostilidad las formas despóticas y las maneras desenfadadas que eran propias de los funcionarios de la Corona. El hecho mismo de que hubiera pasado tres meses en el seno de una familia cubana da idea de la atmósfera en que se movió Valle durante su breve estada en la isla.

Lo cierto es que a todo lo largo de la obra de Valle Inclán van apareciendo personajes y situaciones cubanos. El protagonista masculino de su cuento *La condesa de Cela*, incluido en el libro *Corte de Amor*, es un “muchacho habanero, salido muy joven de su tierra con el objeto de estudiar en la Universidad compostelana”. Este amante de la condesa, llamado Aquiles Calderón, “había derrochado como un príncipe, pero su familia se arruinó años después en una revolución”. También en *Divinas palabras* y en *La pipa de Kif* aparecen referencias a Cuba, pero éstas aumentan en dos de sus esperpentos: *Las galas del difunto* y *La hija del capitán*. Aunque su acción se desarrolla en España, las notas cubanas se refieren a las guerras emancipadoras criollas. El protagonista de *Las galas del difunto* es un soldado español repatriado llamado por mal nombre Juanito Ventolera, verdadero ejemplar de la picaresca. Allí encontramos el desengaño del soldado español en Cuba, los robos y malversaciones de los jefes civiles y militares de la colonia, la desesperación de los soldados ante la ineptitud de sus jefes. “Allí solamente se busca el gasto de municiones —dice Juanito—. Es una cochina vergüenza aquella guerra. El soldado, si supiese su obligación y no fuese un paria, debería tirar sobre sus jefes”.

De esa manera Valle Inclán nos da un retrato realista de la guerra de Cuba. Otra muy distinta representación de la guerra emancipadora cubana trasplantada a suelo español encontramos en *La hija del capitán*. Allí encontramos “nostalgias coloniales de islas opulentas” en la sala de la casa donde vive el capitán español que acaba de regresar de Cuba con su hija, una sirvienta “negra mandinga” y un loro ultramarino que a cada momento grita “cubanita canela”. La hija del capitán, la Sini, creció en Cuba y en su habla hay inflexiones del español de la isla.

Este retablo de una familia española que retorna de Cuba, vuelve a intervenir en "La Corte de los Milagros", primera parte de *El ruedo ibérico*. El coronel Sagastizábal regresa a su patria acompañado de su esposa y de tres hijastras, además de un grupo de sus sirvientes negros: "Jipi, guayabera de dril, zapatos de charol, un negro antillano corría el andén..." Frente a la meseta castellana, el coronel recuerda los paisajes cubanos y cuenta a sus amigos hechos pintorescos de la colonia y la lucha sostenida entre el capitán general Lersundi y el obispo Jacinto María Martínez y Sanz, que tiene el aire pícaro y burlón de las mejores tradiciones de Ricardo Palma.

Todos los lectores de *El ruedo ibérico* recuerdan las muchas aventuras del conspirador Benjamín Fernández Vallín en esa obra. Pues, Fernández Vallín era cubano, y Valle incluye abundantes datos sobre su figura, relacionándola directamente con su isla nativa y las personalidades criollas que ocupaban lugar principalísimo en la corte decadente de Isabel II y en los mentideros de Madrid.

Pero hablemos de su segundo viaje a Cuba. A su regreso de México, en 1921, adonde fue invitado con motivo de las fiestas del centenario de la independencia mexicana, el autor de *Tirano Banderas* pasa por Cuba. Desembarca en La Habana el 27 de noviembre de ese año. Había llegado en el vapor "Zelandia" y fue enviado inmediatamente al campamento de Tiscornia a guardar cuarentena. Estando todavía allí, recibe la visita de los directivos del Centro Gallego de La Habana. Pocos días después surge el inevitable incidente. El "Diario de la Marina" reproduce un artículo de Francisco M. de Olaguibel, publicado en México, "contra las intemperancias vertidas en la república azteca por Valle contra España, su Rey y su pueblo". El propio habanero incluye un artículo sin firma, "La hispanofobia de Valle Inclán", donde el articulista censura al escritor por haber dicho en México "he hablado con muy pocos españoles, yo en mis viajes siempre huyo de las compañías empalagosas".

Aparte de este incidente, Valle recibió muestras de admiración de los escritores cubanos a su paso por La Habana. En "Social" aparece una fotografía del escritor español acompañado por Alfredo T.

Quílez, Conrado M. Massaguer, Emilio Roig, Arturo Alfonso Roselló y Federico de Ibarzábal. Félix Lizaso, José Antonio Fernández de Castro y Luis A. Baralt acompañaron al ilustre autor por las calles habaneras. Recuerda Lizaso que cierto día tenía el huésped que asistir a una recepción que le ofrecía el Centro Gallego. Varias veces pasaron en automóvil frente al edificio de dicha institución. Valle se resistía a asistir a dicho acto. Y cada vez que se acercaba al lugar se escondía muy apresuradamente la larga barba famosa bajo su chaleco para no ser conocido por los directivos del muy ilustre Centro Gallego de La Habana.

Esta fue la segunda visita de Valle a Cuba. En la primera era escritor desconocido, un despierto emigrante gallego que venía, como tantos otros, a "hacer la América". Años después, llegaba como autor famoso, lo rodeaban los jóvenes escritores de la época, promovía incidentes acordes con su temperamento díscolo. Allá en los días de su infancia las tierras del Caribe con sus negros esclavos y con sus canciones, encendieron su imaginación. Cuando redacta en la madurez las páginas satíricas de su *Ruedo* esta tierra cubana está también en su fantasía, escoge figuras y situaciones de la isla antillana para sazonar sus ácidos comentarios en los "esperpentos". Podemos sentirnos orgullosos que temas de esta tierra nuestra haya encontrado mención adecuada en una de las más altas creaciones literarias que ha producido España.